
Chile:

Por el reencuentro socialista

Homero Julio

Para cualquier observador desapasionado de la política nacional, salta a la vista la profunda crisis del socialismo chileno. El Partido más grande de la izquierda, que tuvo el papel protagónico en el período más revolucionario y más intenso de toda la historia del país. Los mil días del gobierno de Salvador Allende, aparece hoy profusamente dividido, con el agravante de que las fuerzas centrífugas que parecen existir en su seno continúan primando sobre los restos de su cohesión interna. A lo menos seis grupos, independientemente de su mayor o menor significación se atribuyen en este momento la legitimidad partidaria y utilizan el nombre del Partido Socialista. Para quienes se han extraviado a través de esta larga odisea, los señalarnos en orden alfabético por el nombre de los dirigentes o las denominaciones que les dieron origen: Clodomiro Almeyda, Carlos Altamirano, Coordinadora Nacional de Regionales, Frente Socialista, MAS-USOPO y Aniceto Rodríguez (donde confluyen la Corriente Humanista y la Comisión para el Consenso).

Por qué las divisiones

Se ha tratado de buscar una explicación a este fenómeno dispersivo en las diferencias internas que existían en el PS ya antes del golpe militar de 1973 y que esa derrota habría exacerbado hasta el extremo de provocar la división. Sin desconocer cuanto de verdadero hay en esa afirmación, parece excesivo atribuir también a ella divisiones posteriores, incluso al interior de cada grupo, sin razonar con un voluntarismo ilusorio. Se puede afirmar, contradiciendo esa aseveración, que en el seno del Partido Socialista existieron siem-

pre y desde su fundación diferencias entre diversos sectores, sin que ello afectase el desarrollo unitario de su dialéctica interna ni provocase rupturas traumáticas en mayor medida que las fracturas que han sufrido las demás fuerzas políticas que existen en nuestro país. que no siempre mostraban a la luz sus divergencias. Por otra parte, si bien es el Partido Socialista la organización que ha sufrido más violenta y públicamente este proceso. no puede desconocerse que él abarca ámbitos más amplios. Llegando a afectar a todos los partidos de la izquierda chilena y a sus organizaciones unitarias. lo que no se condice con una explicación que busque sus orígenes en el interior del Partido Socialista.

Por todo ello, parece ingenuo pensar que este problema tenga su causa principal en la enconada lucha posicional en el interior del Partido. Parece más bien que esa lucha es parte sintomática del mal que nos afecta, el que debe situarse fundamentalmente en la relación debilitada del Partido con las grandes masas nacionales y en la ausencia de una alternativa realista y revolucionaria del Partido y del movimiento popular.

Si no tratamos de engañarnos a nosotros mismos, con lo que haríamos un flaco servicio al socialismo y a las clases trabajadoras, debemos reconocer que la violencia del golpe de Estado y la represión consiguiente han abierto una amplia brecha entre el Partido y las demás fuerzas de izquierda y las masas trabajadoras de nuestro país. No existe casi *un contacto político* con las masas y nuestras vinculaciones orgánicas con ellas son extraordinariamente débiles. No cumple por ello objetivamente el PS un papel de dirección de la

clase trabajadora, ni esta última en su conjunto el papel de vanguardia en la recuperación de las libertades democráticas y mucho menos en una aspiración socialista.

Ausencia de un proyecto realista

Este debilitamiento objetivo en la relación Partido-masas está en íntima correspondencia con la ausencia de una alternativa del Partido y de la izquierda a la propuesta que impositivamente plantea la dictadura. Durante siete años el Partido Socialista y la izquierda chilena han sido incapaces de presentar al país un proyecto realista para derribar la actual dictadura y generar un gobierno de transición, que agrupe tras de sí a las grandes mayorías nacionales. Esto ha dejado al movimiento popular a la deriva y a los partidos de la izquierda a la espera de que hechos políticos externos, ajenos a su voluntad expresada en acción, puedan modificar la situación existente para hacerlos aparecer como sujetos del cambio institucional y social. Pareciera que se ha hecho la elección de tener un PS (o varios PS), como testigo presencial de su tiempo, del cual podrá dar testimonio a nuevas generaciones.

La Democracia Cristiana, en cambio, se ha presentado ante el país con una alternativa propia, ganando considerables espacios en el movimiento obrero, en las capas medias, en la intelectualidad y en otros sectores importantes de la sociedad chilena, obligando en la mayoría de los casos al movimiento popular a ponerse detrás de una alternativa que no es suya. En este sentido, el punto más avanzado a que han llegado los partidos de la izquierda ha sido la búsqueda, no siempre por las

vías más conducentes al efecto, de un acuerdo con la Democracia Cristiana, el que ésta ha rechazado permanentemente, por estimar que la izquierda no tiene otro camino que no sea alinearse tras el proyecto que ella propone si quiere realmente cambiar el gobierno.

Esta incapacidad direccional del PS y la izquierda para generar su propio proyecto frente a la presente coyuntura, trae a la memoria la imposibilidad de un acuerdo político posible en los últimos meses del gobierno de Unidad Popular, y no se puede menos que lamentar la escasa renovación de cuadros en las direcciones máximas de los partidos, pues la mayoría de los actuales dirigentes se visualiza asociada a esta ausencia de dirección política, de trágicas consecuencias para Chile y para su pueblo.

Toda esta situación, evidentemente negativa y de un retroceso no terminado del movimiento popular, plantea la urgencia de resolver el problema de *qué hacer* para reencontrar un Partido Socialista unido, que en tal condición ha sido siempre un factor de unidad en el conjunto de la izquierda, y para dotarlo de un programa que contemple una alternativa revolucionaria y realista frente a la dictadura, que sea visualizada por las grandes mayorías nacionales como una solución válida a la que se adscriban no sólo teóricamente sino también en la acción. Se trata, por consiguiente, de revertir el sentido general del proceso social chileno en favor de las clases trabajadoras.

Factores de reencuentro

Para cumplir esta finalidad no se parte de cero, sino con una larga serie de factores comunes que, considerada su significación, constituye una buena base para facilitar el reencuentro.

Entre ellos, es de particular importancia un sentimiento generalizado sobre la necesidad de la unidad, que tiene su raíz en la conciencia de que sólo un Partido Socialista fuerte y cohesionado es garantía del nacimiento de una alternativa popular. Existen indudablemente en el terreno individual o de pequeños grupos algunos que, a la inversa, creen positivo lo que consideran que ha sido una depuración en las filas del Partido para eliminar las tendencias conservadoras u otros que piensan que han logrado liberarse de los sectores extremistas, pero tanto los unos como



los otros son cuantitativamente irrelevantes frente a la gran mayoría de los socialistas que aspiran a reencontrarse con el viejo Partido que conocieron.

Otro factor común a casi todos los socialistas es su defensa intransigente de los principios que constituyen el acervo histórico del Partido, que se ha acentuado particularmente en el último período como una reacción de

protección frente a las fuerzas centrífugas que se observan. También en este caso existen algunos focos que reivindican la historia del Partido a partir solamente del Congreso de Chillán u otros que quisieran cancelarlo de su historia, creando voluntarista y antojadizamente un pasado diverso al verdadero. La respuesta socialista es la reiteración orgullosa de sus principios ori-

ginales, asumiendo como propios las virtudes y los defectos que hicieron grande al socialismo chileno.

Es también un elemento inserto en el universo socialista, que debe pesar positivamente en un proceso de reencontro, la indiscutible decisión revolucionaria que anima al conjunto de la militancia, con independencia de las interpretaciones sectarias o los juicios diferentes sobre las vías para alcanzar el cambio revolucionario. Esta vocación de combate ha tenido sus momentos relevantes en la revolución socialista de 1922, en la lucha contra el nazismo durante la segunda Guerra Mundial, en el gobierno popular de Salvador Allende y en la resistencia contra la dictadura militar y no existe ningún socialista que no reivindique como propias esas batallas y que no aspire a continuar en la trinchera popular hasta la concreción de un Chile socialista.

Otro elemento aglutinador, destinado a tener un extraordinario realce en el futuro, es la determinación de todos y cada uno de los socialistas de transitar por la senda trazada por Salvador Allende, portaestandarte de las esperanzas de nuestro pueblo de una sociedad más justa e igualitaria. La herencia de Salvador Allende pesará permanentemente en forma positiva frente a cualquier proceso reunificador.

Sin imposición de sectores

No obstante la importancia de éstos y otros factores cohesionantes, es evidente que en las condiciones presentes no es posible en la práctica hacerlos va-

ler en ninguna instancia como referentes suficientes para la reconstitución socialista.

En este momento, además parece difícil que alguno de los actuales grupos que hemos mencionado anteriormente o de los que pudieran crearse en un futuro próximo esté en condiciones de hegemonizar al conjunto de la militancia del viejo tronco socialista. Más allá de la discusión ideológica, que necesariamente se produce entre ellos, existen desconfianzas, suspicacias, abiertas enemistades que alcanzan el carácter de odiosidad e, incluso, la defensa de posiciones personales (para decir lo menos, discutibles, sea por su significación o por su legitimidad). En estas condiciones, no aparece objetivamente probable que ninguno de estos sectores renuncie en favor de otro al que juzgan su derecho de ser la continuación histórica y orgánica del Partido de Salvador Allende. Esto mueve a pensar que esta lucha por la hegemonía eternice la división socialista, haciendo con ello un aporte a la continuación del régimen militar.

Si se considera, entonces, como irreal la posibilidad de una reunificación socialista hegemonizada o dirigida por alguno de los sectores existentes y al mismo tiempo se afirma que existen factores comunes entre todos ellos que operan positivamente para la reunificación, el problema que se plantea es cómo crear un punto de encuentro permanente, no limitativo ni excluyente, donde cada grupo mantenga inicialmente su organicidad, que sirva de avío a una operación integradora.

La búsqueda iniciada

En este sentido, se han hecho importantes y significativos esfuerzos, tanto dentro como fuera del país, sin que hasta ahora se arribe a la ecuación buscada.

En Chile, el 19 de abril de 1979, nace la Convergencia Socialista, reconociendo en su seno a lo menos tres de los sectores ya mencionados. Lamentablemente esta iniciativa ha limitado sus perspectivas, al entrar la Convergencia al mismo juego hegemónico de los grupos por separado. Con posterioridad, a comienzos de 1980, se crea el Frente Socialista, organismo que surge como referente unitario e inicialmente con participación efectiva en el limitado trabajo político que existe en el país. Sin embargo, a poco andar, se ha ido colocando en una posición aislacionista del universo socialista, con la pretensión de transformarse en referente único y excluyente, lo que dificulta que pueda llegar a constituirse en un factor positivo del proceso reunificador. Finalmente, como un hecho puntual pero de singular importancia, debemos mencionar la celebración unitaria (con la sola exclusión de los sectores Almeyda y Frente Socialista) del cuadragésimo octavo aniversario del Partido, lo que implica en su intencionalidad un empeño por revertir la situación existente.

En el exterior, en los últimos meses de 1978, el compañero Raúl Ampuero, con el significativo aporte de la Liga por los Derechos y la Liberación de los Pueblos, invitó a todos los partidos y

A LA PLATA, PLATA

"— Sí. Hicimos un estudio y decidimos que era muy conveniente recibirnos de todas las escuelas de la comuna. Nos significa mayores recursos del orden de los trecientos millones de pesos al año.

¿Cuántas escuelas hay en su comuna?

-- Hay cincuenta y cuatro escuelas de enseñanza básica fiscal, y tres liceos.

—¿Y cuántos profesores para todas?

- Mil seiscientos funcionarios entre docentes, profesores y administrativos.

¿Es positivo el traspaso de la educación para una comuna pobre?

Es muy positivo. Sólo con el aumento de los ingresos al doble significa treinta y un millones mensuales más de administración directa en los problemas de las escuelas."

Felipe Montero Jaramillo, alcalde de Pudahuel, quien según la entrevista "... parece cazador antes que alcalde. En verdad prefiere pescar truchas salmonadas, y baja los ríos del sur en *kayak*. Es un alcalde nuevo, con apenas siete meses en el cargo".

Qué pasa núm. 532, Santiago de Chile, 18 al 24 de junio de 1981.

militantes que se identifican como integrantes de una gran vertiente socialista en el interior del movimiento popular al así llamado Encuentro de Ariccia, de donde surgió un Comité de Enlace, que continúa trabajando en la perspectiva de ser un punto de encuentro y, finalmente, cauce común para todos los componentes de esta área socialista. Llevar a buen fin una iniciativa de esta magnitud, más amplia y ambiciosa que la sola reunificación socialista, presupone sin embargo la existencia en su seno de un Partido Socialista fuerte y unitario. De allí que parte del esfuerzo actual del Comité de Enlace se oriente en esta dirección, habiendo logrado la firma conjunta de un documento de los mismos cuatro sectores que en el interior celebraron en conjunto el aniversario del Partido y su incorporación en forma permanente al Comité de Enlace, el que ha pasado a convertirse así en el primer punto de encuentro estable de esas cuatro corrientes hecho que tiene una significación indudable, más allá de su presencia formal en el mencionado Comité.

Siempre en esta misma búsqueda, tuvo especial valor el llamado Encuentro de Roma, en los meses de julio y agosto de 1979, al que concurrieron de una y otra forma cinco de los seis grupos ya citados. En esta oportunidad se avanzó notoriamente, al suscribirse documentos comunes por representantes del interior y el exterior, siendo en definitiva la falta de madurez y la intención hegemónica de algunos lo que malogró la iniciativa.

Condiciones de avance

Es evidente que un punto de encuentro no es sino el inicio de un posible proceso reunificador. Para llevarlo adelante nos parece que deben concurrir copulativamente a lo menos tres condiciones.

Primero, aceptar que lo que define la adscripción de una persona a un partido político es el programa que éste sustenta y no una ideología determinada. Las religiones y las escuelas filosóficas proceden a la inversa y para participar en ellas se debe ser creyente del conjunto de principios ideológicos que la informan. Pero a nadie, en su sano juicio, se le puede ocurrir rechazar de un partido político a un postulante que persiguiendo las mismas finalidades programáticas diverja de su ideolo-

gía personal o de grupo. Quien escribe estas líneas es un marxista convencido y, sin embargo, no comprende por qué superior razón no pueda estar en una misma organización con un cristiano que también quiere luchar por el socialismo. Cobra este asunto particular importancia en América Latina y especialmente en Chile, donde las masas cristianas constituyen una parte considerable de la clase trabajadora y un sector de ellas aspira a una solución socialista para resolver los problemas del país.

Segundo, los sectores que confluyen hacia la reunificación no pueden tener la pretensión de imponer al conjunto la totalidad de sus programas, lo que haría imposible todo acontecimiento. El programa que asumirá como propio el Partido que surja debe ser el producto de la discusión común



le sus contenidos y, seguramente, en una primera fase se limitará a los planeamientos esenciales, para que sea la dialéctica interna de su discusión como partido unido lo que de respuestas más comprensivas.

Tercero, el Partido que renazca debe a su vez ser construido sobre bases comunes. Es por ello que cada grupo debe individualizar previamente las oposiciones mínimas que considera irrenunciables. Esto permitirá definir desde el comienzo cuales sectores pueden arribar a un acuerdo definitivo y cuales no continuarán en la discusión para proseguir entonces un camino propio.

Contenidos irrenunciables

manera de proposición, y sin el afán de agotar estos contenidos irrenuncia-

bles, señalamos a continuación los siguientes, que nos parecen forman parte del acervo histórico del PS.

a) La tarea principal que se propone el PS es la construcción del socialismo en nuestro país. Ella delimita inmediatamente el contingente de militantes de aquellas personas que luchan por mejorar la sociedad actual, pero cuya aspiración última es crear una sociedad democrática burguesa, con el más amplio contenido social posible. Para los socialistas el período democrático burgués es importante porque representa un estadio avanzado del desarrollo social, pero fundamentalmente porque les otorga espacios que facilitan su lucha por el socialismo.

b) El PS es revolucionario, porque se propone modificar sustancialmente la sociedad actual, entregando a las clases trabajadoras la propiedad de los

medios de producción y cambiando en forma radical las actuales relaciones productivas. Son estas medidas y sus consecuencias las que le otorgan su carácter revolucionario y no las vías que se utilicen al efecto.

c) El PS es democrático. La vida interna del partido debe ser una especie de anticipación de la sociedad que pretende construir, en forma tal que sea en sí mismo un estímulo y un ejemplo para las clases trabajadoras. Un partido monolítico, "de nuevo tipo", en donde siempre la democracia interna está supeditada al centralismo y donde es el vértice partidario el que decide por el conjunto de la militancia, incluso en la renovación de sus cuadros, no podrá jamás construir un sistema social democrático y pluralista sin negarse a sí mismo. La historia es una confirmación de este acerto.